

Texto y contextos en la traducción de poesía Anglosajona: *The Wanderer* (23b–38)

JUAN CAMILO CONDE SILVESTRE
Universidad de Murcia

RESUMEN

Este trabajo revisa la importancia de algunos postulados de la lingüística textual para la traducción de la poesía anglosajona. Especialmente presta atención a aspectos relacionados con la coherencia y la cohesión, y observa su relevancia en la traducción de las líneas 23b–38 de *The Wanderer*. El análisis del texto original y su comparación con algunas versiones en inglés contemporáneo permiten concluir en la prioridad de una valoración apropiada de las relaciones entre la superficie textual y el contexto, la cual puede ayudar a solucionar problemas que surgen de la lectura del manuscrito y colaborar en la fiel interpretación y adaptación de los recursos poéticos de este corpus y del propósito retórico global de cada poema.

ABSTRACT

This paper reviews the role of some basic tenets of text linguistics in the translation of Old English poetry. Special attention is given to coherence and cohesion and their relevance in the adequate translation of *The Wanderer*, lines 23b–38. The comparison of the original text with some modern English versions may help to understand the twofold importance of the relationship between context and textual structure for the interpretation and translation of medieval texts: it contributes to sort out problems derived from misreadings of the manuscript and helps to adapt both the poetic resources used in Anglo–Saxon poetry and the rhetorical purpose of each poem.

A Juan,
swæsne geholan ond winemæg
se ðe minne lufan wiste.

El antiguo debate sobre la viabilidad de la traducción poética y sus posibles soluciones no ha dejado de afectar a la práctica de la traducción de textos literarios desde el inglés antiguo al contemporáneo; si bien esta actividad, en principio, parece implicar la búsqueda de equivalencias lingüísticas, estilísticas y culturales entre dos variedades diacrónicas de la misma lengua, una observación más detallada permite considerarla como un caso legítimo de traducción interlingüística, especialmente en virtud de las diferencias léxico-gramaticales entre los dos códigos, y de las divergencias culturales asociadas con dos comunidades existentes en distintos periodos históricos. En la última década esta controversia se ha extendido hasta oponer al poeta y al filólogo o crítico literario, personificados por Burton Raffel y Stanley B. Greenfield, respectivamente, quienes han entablado una disputa académica sobre la aceptabilidad y justificación de los medios empleados para la traducción del corpus literario anglosajón.

Raffel argumenta que la pérdida de algunos efectos poéticos de la versión original es consustancial a toda traducción y, adoptando la formulación de la función poética jakobsoniana, entiende que la indisoluble unión en poesía de los ejes paradigmático y sintagmático, de los mecanismos de selección y combinación, o de la forma y el contenido convierten la labor del traductor en una tarea virtualmente imposible. Para Raffel esta dificultad justifica la concentración en la sintaxis, el léxico y los recursos estilísticos de la lengua límite con el fin de que la nueva versión mantenga la «*gracefulness of motion*» necesaria para su comprensión, aunque para ello se hayan de quebrantar los efectos del poema original (1971: 11; 1983: 33). En consecuencia, la traducción de la poesía escrita en inglés antiguo es, desde su perspectiva, un trabajo para el poeta, y no para el crítico o el filólogo, y este autor no duda en mostrar su preferencia por «las vacilaciones del primero frente a la certidumbre de los segundos» (1983: 44).

Greenfield, por su parte, rechaza los medios más extremos empleados en este tipo de traducción, entre los cuales menciona la acomodación absoluta a las características lingüísticas y culturales de un código y una época actuales; este punto de vista le conduce a criticar la actitud de Raffel e incluso negar a sus versiones el calificativo de traducción, las cuales define solamente como adaptaciones (1979: 93-95). El autor, con todo, opta por una postura realista que privilegie la utilidad de la traducción: ésta debe ser atractiva para quien desconozca la lengua y cultura originales y, a la vez, interesante para quienes estén familiarizados con la «sensibilidad poética» de los anglosajones. En este sentido, ofrece algunas pautas que han de aplicarse para conseguir los dos cometidos: por un lado, plantea la necesidad de combinar efectos basados en el funcionamiento actual del sistema lingüístico con la conciliación selectiva de los que predominan en la versión compuesta en inglés antiguo; por otro, propone la adopción de un sistema métrico equivalente al verso aliterado típico de este corpus poético.¹ Finalmente, conmina al traductor a no limitarse a la

¹ Es interesante la solución que el autor ofrece para solventar este grave problema acusado por la mayoría de traductores de poesía anglosajona. Greenfield rechaza tanto el empleo del «blank versen, como de estructuras métricas libres, y recurre al verso de nueve sílabas para las líneas que presentan una

búsqueda de efectos equivalentes partiendo de unidades léxicas, sintácticas o métricas, sino a trabajar desde fragmentos textuales y retóricos completos, «... and with some sense of the poem's total configuration» (1979: 100).

La importancia que Greenfield concede a la configuración global del poema es una sugerencia atractiva, pues extiende el debate que afecta a la adaptación de composiciones poéticas escritas en inglés antiguo hacia uno de los límites actuales de la teoría de la traducción. Ésta se ha enriquecido con los planteamientos de la lingüística textual y acepta el texto – «la construcción abstracta que subyace a todo proceso discursivo» (Dijk 1978a: 32) – como uno de los principios básicos que gobiernan su práctica. No se trata de discutir la posible equiparación del conjunto textual con la unidad mínima de traducción, sino de entender la prioridad de aplicar esta noción a la definición del proceso y el producto que conforman este ejercicio, entendiéndolos como construcción y resultado respectivamente de una práctica discursiva creadora de textos cuya principal cualidad deriva de la propensión hacia la unidad de las cláusulas y oraciones que componen sus secuencias, en virtud de su conexión con el contexto y situación en que se insertan (Edmonson 1981: 6; Lyons 1981: 204).² La aceptación de esta perspectiva ha impuesto una aproximación que aprecia la traducción como transacción comunicativa cuyos significados son «negociados» por el emisor, el traductor y los receptores desde marcos culturales y lingüísticos distintos. Los problemas de comunicación que inevitablemente surgen por estas causas exigen la intervención de un mediador, quien ha de tener en cuenta tanto la motivación contextual de las estrategias discursivas de cada código, como la intención del emisor original y el propio objetivo que guía su trabajo (Hatim y Mason 1990: 2–8). Desde este punto de vista, la disputa entre Raffel y Greenfield pierde sentido; es obvio que

organización regular en la versión original, y al endecasílabo para las hipermétricas; igualmente evita el empleo sistemático de la aliteración con el fin de ofrecer, en su lugar, una disposición flexible que combine la libertad métrica de la poesía actual con la rigidez de la anglosajona (1979: 101).

2 En relación con las polémicas que la definición de la unidad mínima de traducción ha suscitado son muy útiles las apreciaciones de Santoyo, quien revisa las constricciones que la práctica real de esta actividad impone a la especulación teórica y sólo admite una aproximación *a priori* a este concepto; para este autor las unidades o segmentaciones textuales son, en todo caso, útiles en el estadio inicial de esta tarea, y nunca se deben equiparar con la traducción en sí misma, ni como proceso, ni como resultado, pues no siempre tienen una realización lingüística superficial en la versión traducida (1983: 257). Una actitud realista similar revela la postura de Newmark, quien desmiente la posibilidad de vincular la noción de texto con la unidad de traducción y sólo valora el primero como ámbito de evaluación de ejercicios concretos: «Clearly the text cannot be the unit of translation ... The text can rather be described as the ultimate court of appeal, every stretch at every level of translation has to conform to the unity of the text, its integrating properties» (1988b: 66–67). A pesar de ello los teóricos de la traducción continúan sugiriendo unidades cercanas al texto que guíen esta labor; en una reciente mesa redonda sobre el tema se mencionaron, entre otras, el *textema*, propuesto por Toury (1980), el *inforema*, que plantea Sorvali (1986), o el *logema* que define Rado (1978); ninguna de ellas satisfizo, con todo, a los participantes, quienes concluyeron con una afirmación también bastante realista: «No contamos, hoy por hoy, con una teoría de análisis textual consistente y definitiva, lo que hace inviable la posibilidad de tomar el texto en su totalidad como unidad de trabajo. El desconocimiento de los procesos mentales de percepción y la dificultad, por otro lado, de delimitar la longitud de esos textos, llevan a la búsqueda de unas unidades menores más manejables y prácticas» (Otal Campo *et al.* 1989: 617).

la recreación perfecta de una transacción comunicativa con intención literaria es imposible, de modo que el propio traductor debe decidir qué aspecto es prioritario en su versión y privilegiar, por consiguiente, la función expresiva o la estética, según su propósito y los efectos que predominen en cada secuencia de la obra que traduce (Newmark 1988b: 165–166). Las posturas contrapuestas de los dos autores son, en este sentido y valoradas aisladamente, ambas válidas; Greenfield favorece la comunicación más exacta posible del contenido original, pero corre el riesgo de forzar las estructuras de la lengua límite, mientras que Raffel prefiere una versión más «ágil» en inglés moderno, aunque ésta pueda soslayar el contenido y, en ocasiones, los efectos expresivos propios de la versión compuesta en inglés antiguo.

En cualquiera de los dos casos, sin embargo, la admisión de una definición de la actividad de traducción como un proceso discursivo exige que el traductor valore la estructura textual del original y consiga una versión equivalente que contemple los factores contextuales y situacionales que inciden en su constitución. En primer lugar, un criterio lógico de verdad que actúa como condicionante global y permite corroborar que la conexión de cláusulas y oraciones constituye un texto sólo cuando los hechos denotados por sus proposiciones aparecen vinculados en mundos también vinculados para algún hablante u oyente, en un contexto particular de comunicación. En segundo lugar, un proceso de síntesis de la información semántica del texto que permite catalogarlo como unidad dentro de una variada casuística, según su tópico discursivo, su correlación con la forma de disponer el conocimiento que los interlocutores posean sobre el mundo, y el tipo de acción comunicativa que se pretende realizar con su emisión (Petofi y García Berrio 1978: 75; Dijk 1978b: 185; Kress 1985: 12–20). Finalmente, se han de valorar los aspectos de la estructura superficial que hacen posible verificar la existencia de relaciones contextuales; por un lado, la propia estructura de una secuencia está supeditada a su ordenación como un mensaje que comunica unidades de información más o menos relevante (tema– rema, foco–apéndice); por otro, la interdependencia de los elementos discursivos se ve sancionada por la coherencia y cohesión textuales, por los tipos de contacto existentes entre distintas partes del texto que le confieren la continuidad que lo caracteriza (Halliday y Hasan 1976: 324–327). La importancia que la teoría de la traducción atribuye a estos parámetros ha incidido en una estimación diferente de la tarea del traductor, quien no sólo debe perseguir la equivalencia formal, semántica y funcional de los dos textos, sino también sancionar su equivalencia semiótica, pragmática y comunicativa. La primera supone la consecución de efectos similares entre los dependientes de la localización de cada signo lingüístico en un sistema global de valores culturales y mundos posibles; la segunda se refiere a la equivalencia de efecto elocutivo y a su relación con el objetivo discursivo o retórico global del texto; la tercera, finalmente, registra el reflejo de la incidencia de aspectos cotextuales y contextuales específicos en su organización superficial: de su subordinación a «las relaciones internas, construidas por los componentes textuales en la extensión del discurso verbal llamado texto» (Petofi y García Berrio 1978: 88), en el primer caso, o de su dependencia de «las consideraciones contextuales de índole extensional,

vital que exceden los límites físicos captables de la realidad lingüística del texto producido (1978: 89), en el segundo. La importancia que se concede a estas coordenadas evita basar el principio de equivalencia exclusivamente en entidades aisladas dentro de cada unidad textual y otorga al traductor el papel de intermediario en un proceso de comunicación intercultural, hasta hacer de su actividad «... the process which transforms one semiotic entity into another, under certain equivalence conditions to do with semiotic codes, pragmatic action and general communicative requirements» (Hatim y Mason 1990: 105).³

Entre los factores que contribuyen a confirmar la cualidad textual de un fragmento discursivo interesan especialmente al traductor los más directamente asociados con la estructura superficial, entre los cuales Newmark menciona los siguientes: la organización informativa y temática (tema y rema), el tipo de referencia endofórica (anáfora y catáfora), las relaciones entre fragmentos de texto establecidas por la oposición, redundancia, conjunción, sustitución ... de sus miembros, y los conectores que actúan en cada caso (1988a: 176–178). En general se trata, a excepción del primero, de los elementos que la lingüística textual ha englobado bajo los conceptos generales de coherencia y cohesión. Éstas son dos operaciones importantes que funcionan como indicadores de la aceptabilidad comunicativa de un texto cuando facultan a los interlocutores para relacionar unas secuencias expresivas con otras y, mediante su vinculación al conocimiento previo del mundo, permiten reconstruir la información que aquéllas activan, es decir, interpretar cada proposición en conexión con otras proposiciones de la secuencia o con las que, en virtud del contexto y de los propios mecanismos de cohesión, pueden resultar implícitas (Bellert 1970: 335–363; Beaugrande 1980: 19; Beaugrande y Dressler 1981: 87). Con todo, los dos aspectos se sitúan en límites distintos de una escala que se extiende desde la interpretación del sentido, hasta los elementos léxico–gramaticales de la estructura superficial que lo comportan. El ámbito de la cohesión afecta al estudio de los distintos medios que conectan los constituyentes de la superficie textual hasta hacer de ellos una secuencia estable y, normalmente, lo desarrollan elementos diafóricos – conjunciones, pronombres, determinantes, etc – cuya referencia se ha de desentrañar en relación con la de otros anteriores (anáfora) o posteriores (catáfora). La cohesión hace factible la estructuración coherente del texto cuando facilita la mutua accesibilidad y relevancia de los distintos componentes de su significado. La coherencia es, con todo, una noción más amplia, pues resulta de la combinación de los sentidos que el propio texto va construyendo: tanto los que se reflejan superficialmente mediante la cohesión, como los de tipo exofórico que remiten para su interpretación al contexto y la situación de comunicación (Beaugrande y Dressler 1981: 3–4). En resumen, la coherencia y la cohesión son

3. Las constricciones semióticas, pragmáticas y comunicativas a que aluden Hatim y Mason son, en conjunto, similares al concepto global de *configuración contextual* que, desde la perspectiva lingüística sistémica, han propuesto Halliday y Hasan: «...those values from the whole range of field, tenor and mode actually selected in any particular instance of communication (text) within a particular discourse or genre» (Halliday y Hasan 1985: 55–56; Véase también: Hasan 1977: 228–246).

factores de la interpretación semántica de los enunciados que, en principio, se encuentran determinados por la normalidad de los mundos implicados (criterio de verdad lógica) y, en segundo lugar, construyen el propio mundo posible en que una secuencia se interpreta; éste depende de la significación de los elementos discursivos previos (coherencia), la cual puede verse reforzada por la conexión entre unidades del nivel superficial textual (cohesión).⁴

El éxito de una traducción no sólo reside en la adaptación correcta de unidades léxicas, sino también, en gran medida, en la transmisión de los significados supeditados a su inserción cotextual y contextual; el traductor debe, por consiguiente, interpretar las relaciones de cohesión y coherencia del texto original y trasladarlas, cuando sea posible, al texto traducido, de manera que éste refleje el propósito retórico global y los valores semántico-discursivos que se pueden identificar en cada grupo de proposiciones vinculadas (Hatim y Mason 1990: 210; Newmark 1988a: 23–24). Si bien las relaciones de coherencia y cohesión tienen una importancia fundamental para garantizar el éxito de la comunicación en muchas lenguas conocidas, el modo en que aquéllas se manifiestan en la estructura de superficie es específico de cada una y, como afirma Otal, de su tratamiento en la traducción «... dependerá en buena medida la eliminación o creación gratuita de unos aspectos comunicativos que estaban o no presentes en la obra original» (1983: 275). A este motivo cabe añadir otro muy relevante para la traducción literaria; el texto poético puede quebrantar intencionadamente determinados criterios mínimos de coherencia, de modo que el lector tenga que apoyarse en las marcas léxico-gramaticales que vinculan distintas secuencias para modificar el sentido de los fragmentos que resultan semánticamente incoherentes a la luz del cotexto verbal previo, o del contexto situacional. Estas operaciones de reajuste interno de la asignación semántica, hasta ceñirla a la dimensión comunicativa y sentido del texto, pueden funcionar como pistas que revelan los recursos del «lenguaje figurado». En este caso, la tarea del traductor es complicada; por un lado, ha de ver más allá de la estructura superficial lineal del texto para descubrir cómo actúan y se desenvuelven las relaciones discursivas entre sus fragmentos (Candlin y Saedi 1983: 107), por otro, no debe resolver la polivalencia significativa que resulte de la incoherencia semántica mencionada e imponer una lectura concreta.

El traductor de textos poéticos escritos en inglés antiguo debe, como afirma Greenfield, proceder a adaptar de forma selectiva las características estilísticas, rítmicas

4. La continua hibridación de ambos aspectos en la determinación de la unidad textual plantea, en ocasiones, dificultades para establecer las lindes entre ellos. Halliday y Hasan, por ejemplo, definen la cohesión tanto por su naturaleza superficial, como extendiéndola hacia el proceso global que favorece su interpretación semántica: «Cohesion refers to the range of possibilities that exist for linking something with what has gone before, ie. how sentences which are structurally independent of one another may be linked together through particular features of their interpretation, which in the discourse requires making reference to some other item» (1976: 10–11). Green y Morgan, por otro lado, entienden que la coherencia no es un producto textual, sino el resultado de una actitud lingüística especial de los interlocutores, quienes de acuerdo con las máximas que rigen un intercambio comunicativo efectivo, buscan siempre una organización coherente en los textos que transmiten y reciben (1981: 173).

y métricas del poema original; pero también tiene que prestar atención a las restricciones que el contexto impone sobre la superficie del texto que traduce. En primer lugar ha de tratar adecuadamente los conectores para recrear verazmente los propósitos comunicativos y retóricos que están presentes en el original; en segundo lugar debe contemplar los casos en que el recurso al «lenguaje figurado» rompe con los criterios mínimos de coherencia y ser fiel, en la medida de lo posible, a la diversidad significativa del texto original. Además el caso concreto de la poesía medieval añade a los dos factores mencionados otro no menos importante; las relaciones de coherencia y cohesión pueden ser útiles para solucionar los problemas que surgen de una lectura defectuosa del manuscrito, bien por la necesidad de reconstruir partes dañadas o reparar errores del copista, bien porque se emplee una sintaxis complicada o se utilicen unidades léxicas ambiguas.

En las páginas siguientes se verificará la relevancia de estos tres aspectos para la interpretación y traducción de la poesía anglosajona: a) cohesión de secuencias textuales mediante conectores y su contribución a la coherencia de las dos versiones, b) ruptura de criterios de coherencia a causa del recurso al «lenguaje figurado», y c) colaboración de coherencia y cohesión para dotar de sentido a un fragmento de difícil comprensión. Para ello se analizarán los versos 23b–38 del poema *The Wanderer* y se evaluarán, exclusivamente desde la perspectiva textual mencionada, las traducciones propuestas por Greenfield (1979: 105) y Raffel (1960: 59–60). El segmento aparece en los folios 76b y 77a del manuscrito conocido como *Exeter Book*, desde donde puede transcribirse como sigue:

	wod wintercearig	ond ic hean ðonan
	sohte seledreorig	ofer waðena gebind,
25	hwzr ic feor oððe neah	sinces bryttan,
	ðone ðe in meoduhealle	findan meahte
	oððe mec freondleasse	mine wisse,
	weman mid wynnum.	frefran wolde,
		Wat se ðe cunnað
30	hu sliðen bið	sorg to geferan
	ðam ðe him lyt hafað	leofra geholena;
	warað hine wrzclast,	nales wunden gold,
	ferðloca freorig,	nalzs foldan blzd.
	Gemon he selesecgas	ond sincðege,
35	hu hine on geogude	his goldwine
	wenede to wiste –	wyn eal gedreas!
	Forðon wat se ðe sceal	his winedryhtnes
	leofes larcwidum	longe forðolian. ⁵

⁵ Cito por la edición facsímil del manuscrito editada por R.W. Chambers *et al.* (1933). Los signos de puntuación son los añadidos en las recientes ediciones de R.F. Leslie (1966) y T.P. Dunning y A.J. Bliss (1969), aunque se ha sustituido sistemáticamente la letra «thorn» por la «eth» para facilitar la impresión.

Es éste un conocido pasaje situado en la primera mitad del poema, a lo largo de la cual el «hablante» presenta su situación personal: es un exiliado que, errante, busca un señor a cuyo séquito unirse una vez que todos los miembros de su grupo han fallecido; reflexiona entonces sobre su propia soledad, la inhospitalidad del mundo que le rodea y la gloria que conoció en épocas pasadas. Llegando a hacer de la exposición de su microcosmos «... un modelo de estructuración subjetiva del sufrimiento» (García Tortosa 1985: 58). En estos 16 versos el narrador alude a los problemas físicos y psicológicos que ocasiona la búsqueda de un nuevo señor y generaliza a partir de la línea 29b hasta ofrecer un conmovedor pasaje que Fowler califica como tratamiento global de la desgracia humana, tal es la acumulación de ejemplos verosímiles que la reflejan (1967: 7): a) la ausencia de seres queridos en quienes confiar (29b–31), b) la privación de la compañía de un señor cuyos consejos aceptar (37–38), c) la insistencia en la naturaleza psicológica de las razones de la infelicidad del hablante (32–33) y d) el recuerdo del gozo asociado con la vida anterior en el palacio (34–36).

El primer aspecto que se examina afecta a la organización cohesiva de secuencias textuales mediante el uso de conectores que dotan al conjunto de coherencia semántica. Se trata de una cuestión de suma importancia para el traductor, puesto que aquéllos son elementos clave para la interpretación de cada fragmento según el cotexto en que se encuentre; además, de una correcta valoración de su función derivará una versión adecuada o una explicitación innecesaria y equivocada del texto de que se trate. Se puede ilustrar este comentario con el análisis del conector *forðon*, en el verso 37a del segmento citado:

Forðon wat se pe	sceal his winedryhtnes
leofes larcwidum	longe forðolian.

El cometido más usual de este elemento en inglés antiguo es la conexión de cláusulas subordinadas que mantienen con la principal una relación de causa–efecto: bien sea como conjunción, equivalente a *because* o *for that* en inglés moderno, o a las latinas *quia* y *quoniam*, bien como adverbio, *therefore*, *consequently* o *propterea* e *ideo*, respectivamente en cada lengua (Bosworth y Toller 1882: 323). Sin embargo, no parece que ésta sea la función de *forðon* en la línea 37a; tanto su vinculación semántica con el cotexto que inmediatamente le precede, como el propio orden de palabras de la oración hacen esta opción inviable. Como han señalado Andrew (1940: \$40) y Dunning y Bliss (1969: 14–28), a la estructura VSO – orden demostrativo – que subyace a este fragmento raramente puede atribuirse en inglés antiguo una función subordinada. La otra posibilidad es entender *forðon* como un adverbio intensivo, equiparable a *indeed* en inglés contemporáneo (Mitchell 1968: 178–182); éste, con todo, también influye en la coherencia de la secuencia textual, pues construye una relación de cohesión por contigüidad con las proposiciones anteriores (Halliday y Hasan 1976: 267), las cuales reformula con más énfasis. Se trata, en ese caso concreto, de las líneas 29b– 30:

que comporten alguna conexión semántica (1976: 285). Se trata, en este caso, de voces o sintagmas que debían funcionar como sinónimos de *lyt...leofra geholena* para que la interpretación del texto resultara plenamente coherente. En los versos anteriores se insiste en el estado de soledad del hablante mediante el empleo de fórmulas que refieren su aislamiento como exiliado – *anhaga* (1a) [quien medita en soledad], *ana* (8a) [solitario] – o aluden directamente a las razones de su aislamiento: *winemæga hryre* (7b) [la pérdida de sus compañeros], *nis nu cwicra nan* (9b) [no hay ya ningún ser], *freomægum feor* (21a) [lejos de mis camaradas]; la ruptura de la coherencia semántica esperable entre estos sintagmas y el del verso 31 permite entender éste como una sugerencia indirecta a la ausencia total de compañía, cuando se reajusta al sentido que el cotexto precedente ha construido; de este modo, a su significado literal, «pocos amigos», subyace realmente el valor negativo «ningún amigo». Una traducción aceptable de este fragmento exige, por un lado, la comprensión previa del efecto de meiosis que confiere al adverbio el contexto verbal precedente y, por otro, el mantenimiento en la lengua límite de la incoherencia semántica que resulta de su empleo, así como la observación de las relaciones de cohesión que surgen por la situación de unidades léxicas casi sinónimas. Las traducciones de Greenfield y Raffle no mantienen, desde este punto de vista exclusivamente, el efecto de meiosis que impera en el fragmento original. El primero propone la siguiente versión de las líneas 30–31:

He knows who him–Self
has sorrow had as his sole friend
How cruel a lot such a comrade is (1979: 105)

El empleo de un adjetivo de significado absoluto como *sole* impide transmitir la relatividad inherente a la meiosis. Una razón similar subyace a la traducción de Raffle, quien utiliza el adjetivo *alone*, cuyo significado no admite gradación y, por consiguiente, no se presta a la expresión de esta figura retórica:

How cruel a journey
I've travelled, sharing my bread with sorrow
Alone, an exile in every land (1960: 59)

Se tratará, finalmente, la importancia que pueden adquirir la coherencia y la cohesión para aclarar el sentido de fragmentos textuales oscuros, ya sea por problemas relacionados con el manuscrito, a causa de una organización sintáctica complicada y ambigua, o por dificultades para la interpretación de unidades léxicas. Los versos 26–28 de *The Wanderer* pueden servir para ilustrar el primer aspecto:

hwær ic feor oððe neah	findan meahte
ðone ðe in meoduhealle	mine wisse,
oððe mec freondleasse	frefran wolde

Además de la inconsistencia del caso sintáctico de *freondleasse* que ya Thorpe en su edición de 1842 sustituyera por la forma en acusativo singular *-freondleasne-*, exigida por la valencia verbal, el problema fundamental de estas líneas procede del sintagma *mine wisse*, en el verso 27b. Su interpretación debe basarse tanto en la descodificación individual de las unidades léxicas que lo componen y en su función sintáctica, como en una vinculación coherente con la secuencia verbal siguiente, a la cual se encuentra unido por la conjunción coordinante *oððe*. En inglés antiguo, como en la actualidad, *oððe* podía reunir dos fragmentos textuales y establecer entre ellos una relación disyuntiva o copulativa; la primera asocia dos referentes que se excluyen mutuamente en el mundo que la expresión discursiva construye, mientras que la segunda agrupa dos sintagmas de significado similar hasta hacer de ellos una expresión semántica única (Mitchell 1985: I, 741–742). En los versos 27–28 de *The Wanderer*, *oððe* expresa el tipo de relación sintáctico–semántica reseñado en segundo lugar. De este modo puede establecer entre los dos segmentos consecutivos del texto un enlace de cohesión conjuntiva, aquella que, según Halliday y Hasan, especifica «... the way in which what is to follow is systematically connected to what has gone before» (1976: 226–227); más concretamente *oððe* presupone una conexión por ((adición alternativa de carácter interno», según la terminología empleada por estos autores. En este sentido, la vinculación no se establece entre entidades exteriores al proceso de comunicación, sino en el propio seno de éste, como un modo particular de interacción entre emisor y receptores, mediante el cual el primero expresa una interpretación alternativa del sintagma que antecede a la partícula (Halliday y Hasan 1976: 240–241). *Oððe* desencadena, por consiguiente, un proceso hermenéutico retrospectivo cuya coherencia depende de la afinidad casi sinonímica de las dos proposiciones que encadena. Este tipo de conexión semántica no opera si se mantiene el sintagma original del manuscrito – *mine wisse* –, aun cuando se entienda, como hace Pope, que el pronombre en caso genitivo comporta una alusión implícita a los seres queridos del hablante y se traduzca literalmente su unión a la tercera persona singular del presente de subjuntivo de *witan* como «*might know of my people*» (1966: 82–83). La ausencia de razones convincentes que sustenten la extensión del significado original del pronombre, así como la irregularidad métrica del verso, han llevado a otros autores a entender que se trata de un error del copista, quien habría omitido una palabra en su transcripción de esta línea. Dunning y Bliss enmiendan a *minne myne wisse* y proponen que el objeto de la forma verbal lo constituyen el posesivo *minne*, en caso acusativo singular, y el sustantivo al que aquél califica *-myne-*, cuya referencia original, «*kindly thought*», extienden con Bosworth y Toller (1882: 703) hasta el sentido de «amor o cariño». La traducción literal que proponen es «*one who would feel my love in the mead–hall*» (1969: 109). Esta solución no sólo no mantiene las relaciones de coherencia textual entre las dos secuencias, pues evita su enlace sinonímico y, por consiguiente, elude la ((adición alternativa interna» del segundo fragmento al primero, sino que además quebranta el efecto retórico global del texto. A lo largo de la primera parte el hablante no insiste en su propia necesidad psicológica de amar, sino en la de recibir amor: se sitúa a sí mismo

como beneficiario y no como donante del proceso; esta idea se puede inferir de la lectura de los siguientes pasajes:

hu hine on geoguðe his goldwinne
wenede to wiste (35–36a)

[... como, cuando era más joven, su señor lo acostumbró al festejo]

Forðon wat se ðe sceal his winedryhtnes
leofes larcwidum longe forðolian (37–38)

[En verdad lo sabe quien ha de pasar mucho tiempo sin gozar del consejo de su amado señor]

swa he hwilum ær
in geardagum giefstolas breac (43b–44)

[... así como, a veces, en el pasado disfrutaba de los beneficios del trono]

Pienso que la única solución que mantiene la coherencia textual de las líneas 27–28 con los fragmentos citados y permite a la vez la plena expresión del valor significativo de *æt* es la incluida en la edición de Leslie; para este autor, el sentido de *witan* en este contexto es similar al de los verbos *to feel* o *to show* en inglés moderno, cuya valencia puede exigir un objeto en acusativo y un complemento en dativo. El sustantivo *myne* actúa en esta secuencia como objeto, con el significado que le atribuyen Dunning y Bliss; Leslie propone la inserción del pronombre personal *me*, en caso dativo, para realizar la función de complemento que requiere la sintaxis del verbo; la brevedad de esta forma hace bastante plausible una omisión no deliberada por parte del copista. La traducción literal que ofrece –«who in the mead–hall might show love to me»– es coherente con el significado del verso siguiente [me consolara a mí que estoy sin amigos], y mantiene tanto la cohesión que establece la conjunción *oððe*, como el matiz de alternativa interna al propio proceso de comunicación y la concordancia con el objetivo global de esta sección del poema (1966: 71). Ninguna de las dos traducciones que se evalúan muestra esta relación semántica entre los dos fragmentos:

... sought in high hall
a treasured lord, one who might my love
contain or comfort give me, friendless ...
(Greenfield 1979: 105)

No one knew me, now,
No one offered comfort, allowed
Me feasting or joy (Raffel 1960: 59)

Greenfield incluye en su versión la conjunción *or* con función disyuntiva, la cual opone, por consiguiente, el sentido de los dos sintagmas que encadena y enfrenta la necesidad de ofrecer amor a la de recibirlo, posiblemente rompiendo así la coherencia semántica general de la primera parte. Raffel, por otro lado, no inserta ningún elemento con función conjuntiva, pero asigna al verbo *witan* su significado principal, «to know», el cual tampoco se adapta al mensaje que parece ofrecer el texto original.

Las relaciones de coherencia y cohesión pueden también ayudar a desentrañar el sentido de una construcción sintáctica ambigua. En esta sección del poema, por ejemplo, resulta difícil adscribir un objeto a la forma verbal *wat* en el verso 37:

Forðon wat se ðe sceal	his winedryhtnes
leofes larcwidum	longe forðolian

La propuesta de Sedgefield (1922: 46) en el sentido de que estas líneas muestran un uso absoluto del verbo *witan* – «to understand, have knowledge» (Bosworth y Toller 1882: 1243) – tiende a ser rechazada por distintos filólogos, quienes aducen que este valor sólo aparece en el corpus textual anglosajón cuando al verbo sigue una estructura comparativa o una cláusula subordinada adverbial (Mitchell 1968: 187–191). Una interpretación adecuada de la sintaxis de este segmento exige tener en cuenta las relaciones de coherencia que establece con las secuencias previas, las cuales refleja el adverbio intensivo *forðon*; si el papel asignado al mismo como elemento que promueve la cohesión por contigüidad entre fragmentos de texto es correcta, entonces se ha de entender que su empleo permite dilatar anafóricamente la referencia de los versos 37–38, hasta alcanzar a las secuencias anteriores. Desde este punto de vista, parece más adecuado semánticamente comprender, como hacen Kershaw (1922: 163) y Dunning y Bliss (1969: 30), que el sintagma *hu sliðen bið* del verso 30 funciona como objeto de los verbos que lo preceden – *wat* y *cunnað* en el 29 – y también de *wat* en el 37; la expresión del conocimiento de situaciones desafortunadas es repetida, incluso mediante la reiteración de idéntica forma verbal, e intensificada por el adverbio *forðon*, el cual remite anafóricamente a la secuencia anterior. Una traducción que no tenga en cuenta la recurrencia de elementos verbales para la construcción del sentido del texto y la función de estos versos como reafirmación enfática del punto de vista del hablante, no sólo quebrantará el principio de equivalencia, sino que dejará también de interpretar la función de la forma verbal *wat* en su justa dimensión. Aunque tampoco contamos con la versión de Greenfield, es posible contrastar la ofrecida por Raffel con la reciente adaptación que Rodrigues realiza; sólo el segundo mantiene la coherencia y cohesión del original: traduce fielmente el significado del adverbio intensivo y le otorga un valor enfático el cual, por consiguiente, extiende la referencia de *wat* de modo retrospectivo hacia la forma homónima en el verso 29, hasta hacer del sintagma *hu slipen bið* el objeto de ambas. La versión de Raffel, sin embargo, no mantiene el adverbio y, en lugar de dilatar la

referencia de *wat* hacia las secuencias precedentes del texto, como precisa la coherencia semántica del fragmento, la amplía hacia segmentos posteriores.

He only knows who needs his lord
as I do, eager for long–missing aid (Raffel 1960: 60)

This he knows who must his friendly lord's
beloved precepts long forgo (Rodrigues 1991: 41)

Es posible, finalmente, mencionar la importancia de las relaciones de coherencia y cohesión textuales para asignar un sentido concreto a voces ambiguas; la polisemia inherente a las unidades léxicas aisladas puede solventarse aplicándoles un significado específico cuando se verifican sus relaciones de coherencia con otras secciones del texto en que aparecen. Este caso puede afectar al sintagma preposicional *ofer waðena gehind*, en la línea 24b de *The Wanderer*.

	ond ic hean ðonan
wod wintercearig	ofer waðena gebind,
sohte seledreorig	sinces bryttan ...

Los editores del poema aceptan la corrección de *waðena* a *waðema* que propusiera Thorpe en 1842, pues la primera sólo puede entenderse como un caso genitivo plural del sustantivo *wað*, cuyo significado, «*hunting, roving*» (Bosworth y Toller 1882: 1170), es incoherente con el sentido y la sintaxis de estos versos. La forma *waðema* – genitivo plural del sustantivo *waðum* [ola] – parece más adecuada. Con todo, el problema léxico se mantiene puesto que la referencia usual del adjetivo *gehind* – «helado» – contradice, si se interpreta literalmente, las alusiones posteriores a las aves que se remojan en el mar:

gesihð him biforan	fealwe wægas
baðian brimfluglas	brædan feðra (4647)

[...contempla ante sí las olas amarillas, las aves marinas que se remojan, extendidas sus alas]

Este sentido de *gebind* quebranta, por consiguiente, la relación de coherencia entre los dos fragmentos textuales; por ello Leslie ha vinculado el término con la sexta definición que el Oxford *English Dictionary* ofrece para el sustantivo *bind* – «*capacity, measure, limit, size, expanse*» (Murray et al. 1933: vol. I, 867). y traduce literalmente el sintagma completo como «*over the expanse of the waves*» (1966: 72). De las dos traducciones que se reseñan, sólo Greenfield entiende que éste es el significado que más coherentemente se adapta a las secuencias posteriores; Raffel mantiene la primera acepción y preserva en su traducción un elemento discordante

cuando se contrasta con la referencia a las aves marinas que se bañan en un mar cuyas aguas no pueden estar literalmente heladas:

And I dejected departed thence
 over waves tight bound in wintry mood,
 over seas' expanse (Greenfield 1979: 105)

Weary with winter I wandered out
 On the frozen waves (Raffel 1960: 59)

La comparación, exclusivamente desde la perspectiva textual, de las traducciones que Greenfield y Raffel ofrecen para este fragmento de *The Wanderer* permite insistir, a modo de conclusión, en la premisa teórica que anima este trabajo: la prioridad de que el traductor tenga en cuenta, en la medida de lo posible, las constricciones que el cotexto y el contexto imponen a la estructura superficial textual del original, las cuales debe reflejar, adoptando los recursos equivalentes que le brinde la lengua límite, en la versión traducida. La importancia que revisten, en este sentido, las relaciones de coherencia y cohesión entre fragmentos textuales afecta a la traducción de textos literarios desde el inglés antiguo al contemporáneo, no sólo porque aquéllas ayudan a solucionar algunos problemas que surgen de la lectura de los manuscritos, sino también porque permiten interpretar y adaptar fielmente los recursos al denegaje figurado» típicos de este corpus poético y el propósito semántico–discursivo o retórico global de cada poema concreto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andrew, S.O. 1940. *Syntax and Style in Old English*. Cambridge: Brewer.
- Beaugrande, R. de 1980. *Text, Discourse and Process*. London: Longman.
- Beaugrande, R. de y W. Dressler 1981. *Introduction to Text Linguistics*. London: Longman.
- Bellert, I. 1970. «On a condition of the coherence of texts». *Semiotica*, 2: 335–363.
- Bosworth, J. y T.N. Toller 1882. *An Anglo–Saxon Dictionary*. Oxford: Clarendon.
- Candlin, C.N. y L.K. Saedi 1983. «Processes of Discourse». *Journal of Applied Language Study*, 1.2.: 103–131.
- Chambers, R.W. et al. 1933. *The Exeter Book of Old English Poetry*. London: Lund and Humphries.
- Dijk, T.A. van 1978a. *Text and Context*. London: Longman [Madrid: Cátedra (1980)].

- Dijk, T.A. van 1978b. *La ciencia del texto*. Amsterdam: Het Spectrum [Barcelona: Paidós (1983)].
- Dunning, T.P. y A.J. Bliss eds. 1969. *The Wanderer*. London: Methuen.
- Edmondson, W. 1981. *Spoken Discourse: A Model for Analysis*. London: Longman.
- Fowler, R. 1967. «A theme in *The Wanderer*». *Medium Aevum*, 36: 1– 14.
- García Tortosa, F. 1985. «La estructura temática de las elegías anglosajonas» en J.F. Galván Reula (ed.) *Estudios literarios ingleses: edad media*. Madrid: Cátedra, 43–67.
- Green, G. y J. Morgan 1981. «Pragmatics, grammar and discourse» en P. Cole (ed.) *Radical Pragmatics*. New York: Academic Press, 167–181.
- Greenfield, S.B. 1979. «Esthetics and meaning in the translation of Old English poetry» en D.G. Calder (ed.) *Old English Poetry. Essays on Style*. Berkeley: U. of California P., 91–110.
- Halliday, M.A.K. y R. Hasan 1976. *Cohesion in English*. London: Longman.
- Halliday, M.A.K. y R. Hasan 1985. *Language, Context and Text. Aspects of Language in a Social–Semiotic Perspective*. Victoria: Deakin U.P.
- Hasan, R. 1977. «Text in the systemic–functional model» en W. Dressler (ed.) *Current Trends in Text Linguistics*. Berlin: Walter de Gruyter, 228–246.
- Hatim, B. e I. Mason 1990. *Discourse and the Translator*. London: Longman.
- Kershaw, N. 1922. *Anglo–Saxon and Norse Poems*. Cambridge: Cambridge U.P.
- Kress, G. 1985. *Linguistic Processes in Sociocultural Practice*. Victoria: Deakin U.P.
- Lausberg, H. 1960. *Manual de retórica literaria*. Madrid: Gredos (1967).
- Leslie, R.F. ed. 1966. *The Wanderer*. Manchester: Manchester U.P.
- Lyons, J. 1981. *Lenguaje, significado y contexto*. Barcelona: Paidós.
- Mitchell, B. 1968. «Some syntactical problems in *The Wanderer*». *Neuphilologische Mitteilungen*, 69: 172–198.
- Mitchell, B. 1985. *Old English Syntax*. Oxford: Clarendon.
- Murray, J.A.H. et al. 1933. *The Oxford English Dictionary* (12 vols.). Oxford: Clarendon.
- Newmark, P. 1988a. *Approaches to Translation*. London: Prentice Hall.
- Newmark, P. 1988b. *A Textbook on Translation*. London: Prentice Hall.

- Otal Campo, J.L. 1983. «Tendencias actuales en la teoría de la traducción: los indicadores discursivos en la traducción»). *Actas de Ier Congreso Nacional de Lingüística Aplicada. Murcia, 14 al 17 de abril*. Madrid: SGEL, 267–276.
- Otal Campo, J.L. *et al.* 1989. «Aspectos discursivos de la traducción») en F. Garrudo y J. Comesaña (eds.) *Actas del VII Congreso de Lingüística Aplicada. Sevilla, 5, 6 y 7 de abril de 1989*. Sevilla: Universidad, 615–624.
- Petofi, J. y A. García Berrio 1978. *Lingüística del texto y crítica literaria*. Madrid: Comunicación.
- Pope, J.C. 1966. *Seven Old English Poems*. Indianapolis: Indiana U.P.
- Rado, G. 1979. «Outline of a systematic translatology». *Babel*, 25.4.
- Raffel, B. 1960. *Poems from the Old English*. Lincoln: U. of Nebraska P.
- Raffel, B. 1971. *The Forked Tongue. A Study of the Translation Process*. The Hague: Mouton.
- Raffel, B. 1983. «Translating Old English elegies» en M. Green (ed.) *The Old English Elegies. New Essays in Criticism and Research*. Rutherford: Fairleigh Dickinson U.P., 31-45.
- Rodrigues, L.J. 1991. *Seven Anglo-Saxon Elegies*. Felinfach: Llanerch Publishers.
- Santoyo, J.C. 1983, «A propósito del término *translema*». *Actas de Ier Congreso Nacional de Lingüística Aplicada. Murcia, 14 al 17 de abril*. Madrid: SGEL, 255–265.
- Sedgefield, W.J. 1922. *An Anglo-Saxon Verse Book*. Manchester: Manchester U.P.
- Sorvali, I. 1986. «*Inforema* – How to measure information content». *Meta*, 32.1: 58–63.
- Thorpe, B. ed. 1842. *Codex Exoniensis. A Collection of Anglo-Saxon Poetry*. London: Society of Antiquaries [New York: AMS Press (1975)].
- Toury, G. 1980. *In Search of a Theory of Translation*. Tel Aviv: Porter Institute for Poetics and Semiotics.